

Pablo, obispo de Ciria, hoy Constantina, en la Algeria, y doce obispos mas de esta provincia, entregaron las Escrituras y los vasos sagrados para evitar los tormentos. Se dió el nombre de traditores á todos los que cometieron igual flaqueza: y mas tarde veremos las desastrosas consecuencias de esta cobardía.

8. El Occidente no fué menos fecundo en mártires. La España, en donde tan hondas raíces habia echado ya la fe, los contó á millares; y de cierto, sin contar los innumerables mártires de Zaragoza, y algunas otras matanzas generales, pasan de diez y siete mil los mártires que pasaron individualmente por ante los tribunales. El procónsul Daciano habia sido el principal encargado de hacer ejecutar los edictos de persecucion. Se multiplicaba, por decirlo así, para dar abasto á tantos confesores, que miraban el martirio como su bien supremo. Entre los innumerables que murieron por Cristo en Aragon, se cuentan como mas notables diez y ocho en Zaragoza. El mas célebre entre ellos fué san Vicente, tan encomiado por san Agustín y por el poeta Prudencio; era aquel santo diácono de san Valero, obispo de Zaragoza. Este prelado, sobrado anciano para predicar á su pueblo, y lento en su pronunciacion, habia encomendado este cargo á san Vicente. El jóven diácono, lleno de celo y erudicion, y perfectamente imbuido en las sagradas Letras, ejercia con admirable fruto su ministerio. Al paso de Daciano, su reputacion le señalada de antemano á la persecucion: fué pues prendido con su obispo Valero, á quien el procónsul por motivo de su edad le mandó á un lugar escondido, como en destierro perpetuo. Vicente solo fué puesto al tormento. A cada suplicio, y en tanto que el potro dislocaba sus miembros ó que los garfios de hierro los destrozaban, el mártir se volvía muy sereno y risueño hácia Daciano, diciéndole: « Ninguno me ha tratado mas amistosa- » mente que vos: » otras veces echaba en cara á los verdugos el no tener ánimo ni fuerzas. Dos veces interrumpieron el tormento estos ministros de una crueldad sobrehumana para tomar nuevo aliento y dar lugar á que se enfriasen las llagas del mártir por redoblar sus dolores avivándolas de nuevo.

Daciano estaba demente de cólera, é hizo quitar del potro ese cuerpo cuyas entrañas se le veian ya de fuera, y le hizo poner en un lecho de hierro y quemarlo en él. Las partes del cuerpo que no estaban asadas por no llegarles la llama, se quemaban con láminas rojas de fuego. Echaban sobre sus heridas sangrientas sal, para que su mortal escozor, aumentado por la actividad del fuego, penetrase mas profundamente en sus carnes. Este dolor, cuya atrocidad aterra á la imaginacion, en nada cambió la constancia del héroe cristiano, y el procónsul le mandó encerrar en un calabozó cuyo pavimento estaba sembrado de tejos y pedazos de vidrio. Los guardas, abriendo las puertas de la cárcel, se quedaron atónitos al ver pasearse el mártir y cantar himnos al Señor. Este espectáculo de una fe invencible los convirtió á todos á la religion cristiana. Daciano, con satánica y cruel sutileza, queriendo quitar á Vicente la gloria de morir en los tormentos, le hizo tender en una cama blanda, donde pensaba hacer curar sus llagas, y atormentarle en seguida de nuevo. Mas apenas colocaron al mártir en este lecho blando, espiró plácidamente. Su cuerpo fué arrojado al campo para ser pasto de las fieras y aves carnívoras: quedó así quince dias, pero intacto; le hizo meter el gobernador en una grande saca y arrojarlo en alta mar; mas las olas le trajeron á la orilla, donde le recogieron los cristianos y le dieron sepultura en una iglesia vecina. — Una jovencita de doce años, llamada Eulalia, en Mérida, mostró en una edad tan tierna igual valor que Vicente. Daciano, ante cuyo tribunal vino á presentarse ella misma espontáneamente para confesar la fe, trató de ganarla con caricias y lisonjas. Mandó despues poner á sus ojos todos los instrumentos de tortura, al propio tiempo que incienso para ofrecer á los dioses. Eulalia, ú Olalla, le escupió al rostro, echó por tierra á los ídolos y arrojó las ofrendas. Inmediatamente dos verdugos desgarraron sus delicados miembros con uñas y garfios de hierro; y la santa niña, al mirarse tan sangrientamente rasgada, dijo: *Nunc, Christe Jesu, in meo corpore his notis fortius inscriberis... Delectat me hos apices legere, qui tua trophæa nomenque*

trum sanguinis purpura scripta loquuntur. « Inscrito estais, » Jesús mio, mas vivamente en mi cuerpo con estas líneas... » ¡Cuánto placer me da leer estas letras, que tan elocuentemente publican vuestro nombre y vuestros trofeos escritos con púrpura de mi sangre ! » Se aplicaron á las llagas planchas enrojadas al fuego y hachas encendidas : el fuego prendió en su cabello, con que cubría su seno, y el ardor y humo la ahogaron. — En Alcalá de Henares (Complutum), dos niños de la escuela, hermanos, Justo, de trece años, y Pastor de siete, rivalizaron en heroísmo con santa Olalla de Mérida. Al tener noticia de la llegada de Daciano á aquella capital de la Celtiberia, dejan la escuela por inspiracion divina y van á declararse cristianos ante el mismo procónsul. Despues de haberlos mandado azotar hasta hacerles derramar copiosa sangre, Daciano los entregó al verdugo, que los degolló secretamente en las inmediaciones de Alcalá. [Santa Eulalia, de Barcelona, diferente de la santa del mismo nombre en Mérida, de edad de catorce años, padeció un martirio tan ilustre como el de santa Olalla de Mérida, algunos años antes ; despues de haber padecido varios y crueles tormentos, arrojaron sobre su cuerpecito aceite hirviendo, plomo derretido, y cal viva sobre la que arrojaban agua para encenderla ; se le aplicaron á las narices olores fuertes y mortíferos, se le quemaron los ojos ; y todo su cuerpo hecho una llaga, la mandó Daciano dar la vuelta por toda la ciudad, haciendo el Señor que una capa de nieve vistiese su cuerpo virginal : por fin, fué clavada á una cruz en donde espiró. — San Ciriaco y santa Paula, en Málaga ; santa Justa y santa Rufina, hermanas, en Sevilla, que ganaban su sustento vendiendo frutas y comestibles ; san Aciselo y santa Victoria, hermanos, en Córdoba ; la célebre santa Leocadia, en Toledo ; santa Engracia, en la provincia de Zaragoza : todos estos y otros muchos mártires celeberrimos padecieron, bajo Daciano unos, bajo Dion otros, y bajo Diogeniano los demás, tormentos espantosos que coronaron con la palma del martirio. A la misma época, ó poco antes, pueden referirse el martiro de santa Librada, en Castraleuca (hoy arruinada) de Portugal,

con sus ocho hermanas : Genivera, Victoria, Eumelia, Germana, Gema, Marcia, Quiteria y Basilica, las cuales padecieron todas el martirio en diferentes puntos de España. La historia de cada una de estas santas hermanas, hijas de Lucio Catelio Severo, gobernador pagano de la Galicia y Lusitania, es muy peregrina y edificante, pero fundada en documentos antiquísimos y auténticos de la Iglesia española. Nos contentamos con decir, que dadas á criar por su madre á nodrizas cristianas, que les inculcaron los principios y la moral de la religion cristiana, al moverse la cruel persecucion que encombró las cárceles de confesores, y llenó las plazas y parajes públicos de mártires, estas heroínas padecieron martirio cada una en distintos puntos ; y aun una de ellas á manos de su inicuo padre : esta fué santa Librada. — A esta época, ó poco mas antes, se ha de referir tambien el martirio de san Marcelo, santa Nona, su esposa, ambos de Leon, y de sus doce hijos, de cuyos nombres solo se conservan de un modo auténtico los de san Hemeterio y Celedonio, que servian en el ejército romano, y fueron martirizados en Calahorra ; de san Servando y san Germano, que padecieron el martirio en la provincia Tingina, en el territorio Ursiano, junto á Cádiz. San Isidoro hace mencion de su martirio (1). — La Sicilia y la Italia entera contaron millares de mártires : en Catana, el diácono Euplio, prendido mientras predicaba el Evangelio al pueblo, y conducido inmediatamente al suplicio ; — en Siracusa, la ilustre virgen santa Lucía, cuyo nombre se ha inscrito en el cánon de la misa : murió por conservar el honor de su virginidad, que protegió el Señor en medio de un lupanar, en donde la habia mandado encerrar el magistrado infame ; — en Toscana, Sabino, obispo de Asis, padeció el martirio con Marcelo y Exuperancio, diáconos, y muchos otros clérigos. Venustiano, gobernador de Toscana, cuya *optalmía* ó ceguera inveterada habia curado Sabino, abrazó la fe de su víctima. Fué decapitado, con su esposa ó hijos, á quienes habia convertido con su palabra y ejemplo.

(1) Véase, al principio de este tomo, la ADVERTENCIA sobre esos paréntesis.

9. Todo nos hace creer, dice Tillemont, que san Marcelino recibió entonces la corona del martirio (24 de octubre de 304). Fué enterrado en el cementerio de Priscila, en la via *Salaria*, cerca del puente Salaro. Hemos dicho que los Donatistas, algunos años mas tarde, osaron calumniar la memoria del santo pontífice. Querian hacer creer que san Marcelino, no pudiendo sobrellevar la violencia de los tormentos, habia renegado de la fe. Esparcida la mentira con apariencias de verdad, no dejó de hacer algun eco. Decian en efecto que el pontífice, reconociendo su pecado, se habia presentado, suplicando, ante un concilio de trescientos obispos reunidos en Sinuesa; y que reconociendo allí su error, pedia llorando que se le impusiera penitencia; pero que el concilio le respondió: *Tuo te ore, non nostro judica; nam prima sedes à nemine judicatur*. Pero todo aparece falso en esta odiosa suplantacion; y hoy es cosa averiguada que esta acusacion es calumniosa, y que este papa no cometió semejante falta. San Agustín, hablando de Petilio, autor de esta fábula, dice: « Llama á Marcelino *traditor*, malo vado, sacrilego: yo lo declaro inocente. No es menester que me canse en probar su inocencia, porque Petilio mismo no se atreve á formular su acusacion. » Se ha repetido en nuestros dias esta acusacion ⁽¹⁾; pero los sabios trabajos de Schelestrato, Roccaberti, Pedro de Marca, Pedro Constant, Papebroquio, Natal Alejandro, Pagi, Aguirre, Sangallo, Javier de Marca (Maistre) han probado suficientemente la inocencia de san Marcelino, y le han vindicado de todas esas calumnias.

(1) El Breviario romano (26 de abril) admite la caída del papa san Marcelino; pero Baronio nos advierte acerca de esto que la Iglesia romana no intenta imponernos como hechos auténticos los relatos de las lecciones de los santos. Hay algunos de que la sana crítica puede y debe dudar, cuando hay pruebas perentorias contrarias. En el mismo sentido habla Benedicto XIV en su obra *De servorum Dei beatificatione*. Y acerca de san Marcelino, asegura que el relato del Breviario romano sobre su caída es falso: 1º. por el silencio que acerca de circunstancia tan grave han guardado todos los antiguos escritores de la vida de los Papas; 2º. á causa de las fútiles imposturas de los Donatistas, quienes jamás pudieron presentar pruebas de su asercion: y para esto cita las palabras que del mismo santo hemos copiado.

§ II. VACANTE DE LA SILLA APOSTÓLICA (20 de octubre de 304-19 de mayo de 308).

10. La violencia de la persecucion, que principalmente asataba sus tiros contra los ministros de la Iglesia, impidió durante cuatro años el que el clero romano pudiera nombrar sucesor á san Marcelino. Los verdugos continuaron durante este intervalo á multiplicar los mártires. Santa Inés, vírgen romana, es una de las mas célebres. Apenas tenia quince años: su hermosura habia dejado prendido de amor al hijo del prefecto de Roma, que queria casarse con ella. Mas la jóven cristiana habia escogido ya por esposo á Jesucristo. Echada por el prefecto á un lupanar, conservó milagrosamente su virginidad. Las llamas de un horno ú hoguera inmensa que se encendió para quemarla, se separan y la respetan en todo su alrededor. En fin la cuchilla de un soldado le cortó la cabeza y la llevó al cielo. El nombre de santa Inés ha sido puesto tambien, como el de santa Águeda, Lucía y Cecilia, en el cánon de la misa. Hacia el mismo tiempo, santa Sotera, vírgen; Pedro, exorcista; y Artemio, carcelero, convertido por los cristianos cautivos, su mujer Cándida, su hija Paulina, y el sacerdote Marcelino padecieron igualmente el martirio en Roma. No quedó menos perseguido el resto de la Italia. En Bolonia, Agrícola fué prendido con su esclavo Vital: el esclavo fué puesto en cruz y martirizado el primero para atemorizar á su amo: ambos fueron enterrados en el cementerio de los Judíos, de donde mas tarde los sacó san Ambrosio. En Milan, san Nazario; san Celso, niño; los santos Nabor y Félix; Gervasio y Protasio, cuyas reliquias descubrió igualmente san Ambrosio. En Aquila, Cancio y Canciano, con su hermana Cancianila, de la familia consular de Anicio. — En Augusta de la Rhetia (Augsbourg), una ramera llamada Afra, convertida á la fe ⁽¹⁾, dió espectáculo de un valor heroico: fué

(1) Por san Narciso, obispo de Gerona, que fué á predicar el Evangelio á la Rhetia, y que poco despues fué martirizado en Gerona. (El Traductor).